

# Editorial

## 14

¿Contra la guerra? Sí, contra la guerra. ¿Siempre? No, no siempre. No, por ejemplo, cuando el nazismo ocupó Europa.

Es necesario recordarlo para remover ese espejismo complaciente según el cual la guerra es siempre condenable y el que la hace o la apoya siempre un criminal. Y quien la condena, en cambio, un ser bueno, fuera de toda sospecha.

Discurso, éste, demasiado autocomplaciente: se han multiplicado en demasía los gestos de quienes se desgarraban las vestiduras mientras proclamaban que su sensibilidad les hacía insufrible tolerar los horrores de la guerra y que no podían comprender a los otros, a los criminales que la realizaban o la apoyaban. Ellos no: ellos habían estado siempre contra la guerra. ¿Siempre? ¿Acaso no fue un tópico del antifranquismo culpar a los norteamericanos por no haber entrado en España al final de la Segunda Guerra Mundial para derrocar al dictador?

¿Significa esto que nos pronunciamos a favor de la guerra contra ese otro régimen dictatorial, nazi en su origen y en su práctica cotidiana, que era el del Irak de Sadam Hussein? Ciertamente no: hubiera sido bueno que esa guerra hubiera sido evitada. Que los países democráticos, unidos, hubieran seguido otras vías, más lentas, pero no menos firmes, para acabar con ese y con cualesquiera otro régimen dictatorial.

Significa, tan sólo, que tratamos de llamar la atención sobre cierto mecanismo inquietante que se ha disparado durante algunas semanas en nuestro país y en otros de nuestro entorno. Un mecanismo, digámoslo así, de desplazamiento de la violencia. Y, añadámoslo, de goce de la violencia, una vez generada su coartada.

Tratemos de dibujar su mecánica. Exige, en su punto de partida, un

enunciado universal proclamado como verdad inapelable y de la que se deduciría un juicio ético absoluto, inamovible. Así, por ejemplo: la guerra es criminal. Criminal es, también, quien la practica y quien la apoya. Siempre. Esto es lo propio de los enunciados abstractos, universales: reconfortan, sin posibilidad alguna de fisuras. Permiten, en quien a ellos se acoge, exhibir el extremo de su complacencia: presentarse ante uno mismo, y ante los otros, como un ser absolutamente bueno, digno, sensible. Y proclamarse infinitamente herido ante el mal del que para nada participa, pues siempre es el mal del otro: el criminal, aquel a quien, desde luego, no puede comprender, pues una barrera infinita le separa de él. De manera que la autocomplacencia se manifiesta tan desmedida como el desprecio al otro, ese ser incomprensible que practica el crimen o lo contempla cómplice.

A estas alturas de la descripción del mecanismo, es fácil ya percibir el beneficio secundario –pues el primario es esa misma autocomplacencia–: se manifiesta en esa violencia, en un principio verbal, que exhibe ese que, a la vez que se presenta como bondadoso, humano y sufriente, señala al otro como criminal incomprensible. Como evidente, inconfundible culpable. Y como blanco de su odio. Un odio tanto más intenso cuanto más intensa es la autocomplacencia. Y que en un momento dado, calentados los ánimos, conduce a negarle al otro el derecho a la palabra y, un poco después, arrojar basura sobre él –basura animal para así designarle como excluido del noble universo de los humanos–, luego piedras, quizás explosivos... Justa, sana violencia de los puros, de los que odian la violencia y la guerra. Y odian tanto la guerra que ésta se descubre, de pronto, como una buena coartada para odiar, para participar de la violencia. Para gozarla sin reparos.